

Cultura y política en América Latina en los años sesenta

VANIA MARKARIAN

Dirección Nacional de Ciencia, Tecnología e Innovación / Universidad de la República, Uruguay

La selección de artículos que aquí se presenta quiere dar cuenta de las borrosas fronteras entre propuestas culturales y proyectos políticos basados en impulsos de innovación y cambio, un rasgo distintivo de las relaciones entre cultura y política en los años sesenta en América Latina y el mundo. Para ello, se parte de delimitaciones geográficas y temporales amplias, estableciendo las fechas referenciales en la Revolución Cubana y los golpes de Estado de principios de los setenta en el Cono Sur. Esta década larga estuvo determinada, hasta el final, por la conciencia de vivir una era revolucionaria en el orden social y económico, a lo que Claudia Gilman agrega "la percepción compartida de la transformación inevitable y deseada del universo de las instituciones, la subjetividad, el arte y la cultura".¹ Esta mínima caracterización preliminar permite abarcar procesos y actores en diferentes países y también sus dimensiones regionales, inter y trasnacionales, logrando a la vez cierta unidad de temas y enfoques.

A esto se suma una definición comprensiva de "cultura", partiendo de la afirmación de Raymond Williams de que el abanico de significados muchas veces superpuestos de esa palabra garantiza la riqueza de su análisis. Sin embargo, también es claro que la idea de cultura que predomina en este número refiere a los sistemas significantes o simbólicos que dan sentido a las actividades humanas y, aún más específicamente, al trabajo y las prácticas intelectuales y artísticas.² Éstas son las definiciones que predominan en los terrenos de la historia cultural y los estudios culturales, a los que puede adscribirse la mayor parte de los artículos aquí publicados. Esto se combina, en varios casos, con enfoques de la historia

????????????

intelectual y la sociología de la cultura, así como con instrumentos conceptuales del análisis textual y la historia política.

Cruza esta selección de textos la intención de detectar confluencias entre demandas e inquietudes surgidas en el campo cultural con proyectos y programas político-ideológicos. La idea de "campo" refiere a Pierre Bourdieu, en el sentido de una configuración de relaciones sociales o, en sus palabras, "un estado de la relación de fuerzas entre los agentes o las instituciones que intervienen en la lucha".³ Queda claro, de esta forma, que el campo cultural es un espacio social relativamente autónomo pero atravesado por relaciones de poder que lo trascienden. El propósito de este número es sugerir un marco sistemático para analizar las manifestaciones culturales de los años sesenta en conexión con algunos de los cambios ocurridos en el ámbito social y político, identificando los principales actores, sus espacios de acción e intercambio y las formas de expresión de sus posiciones y planteos. Esto no puede lograrse sin recordar que, en el período que aquí se considera, la mayoría de esos actores concebía el campo de la cultura simultáneamente como arena de lucha, herramienta de cambio y terreno de experimentación de la nueva conciencia que habría de acompañar las transformaciones sociales que se creían inminentes.

Partiendo de esas definiciones básicas, los artículos presentados plantean, sin pretensión de exhaustividad, algunos de los asuntos fundamentales de la relación entre cultura y política en el período considerado. Entre estos temas aparece el papel de los medios como foros de expresión y difusores de nuevas tendencias culturales, sin olvidar los recortes impuestos por las industrias culturales y las lógicas de mercado a esas mismas novedades y tomas de posición. Esto implica muchas veces poner en cuestión las separaciones demasiado tajantes entre "alta" y "baja" cultura, entre lo popular y lo elitista, entre la cultura de masas y las vanguardias, entre lo tradicional y lo moderno y también entre lo revolucionario y lo conservador. No se trata de despreciar esas distinciones, sino de ponerlas en entredicho y usarlas como definiciones permeables para captar los conflictos que signan la historia de las relaciones entre los campos de la cultura y la política.

En los años sesenta, estas contradicciones no pueden entenderse sin enfrentar, como hacen casi todos los artículos de este número, las múltiples tensiones entre las propuestas innovadoras que iban apareciendo en el campo del arte y la cultura y los diferentes proyectos de cambio social que marcaron esa etapa en América Latina. Hay también otro asunto que atraviesa, explícita o implícitamente, muchos de los textos: la importancia de las narrativas históricas, literarias, visuales y hasta musicales —y de los diferentes productos culturales donde éstas se expresaron— en la proposición de explicaciones para el presente latinoamericano y en legitimación de posiciones políticas de corte revolucionario. Estos ejes de discusión empiezan a definir un campo de investigación sobre los cruces entre

cultura y política en América Latina en los años sesenta. Una breve presentación de los diferentes artículos profundiza en el desarrollo puntual de estos temas, a la vez que justifica el orden en que se publican.

Los textos de Eric Zolov e Isabella Cosse coinciden en su interés por los mecanismos de producción y circulación de nuevas ideas y temas, así como por la creación de un público y un mercado internos para los productos culturales que expresaban esas nuevas preocupaciones políticas y estéticas. Zolov integra los enfoques de la historia política y cultural para mostrar la complejidad de un período de la historia mexicana en que las aspiraciones democráticas de la sociedad civil entraron en conflicto con las prácticas autoritarias del Estado. Mediante el análisis de las portadas de una revista de gran circulación, el autor va presentando los debates ideológicos de una época en que las referencias al proceso revolucionario cubano solían enmarcar la discusión sobre el futuro político mexicano. Logra de esta manera plantear una reevaluación de la década de los sesenta con cierta distancia de los dilemas de entonces. Este posicionamiento retoma explícitamente el esfuerzo de esa generación por desprenderse del mito revolucionario de principios de siglo y fundar una crítica (y el autor no deja de marcar sus limitaciones) al régimen desde la izquierda. La prensa, en especial la revista de que se ocupa este texto, cumplió un papel central en este sentido.

Cosse aborda un asunto muy diferente (las cambiantes concepciones de la sexualidad en Argentina en los años en cuestión), pero también se preocupa por las formas en que dos "mediadores culturales" de primera importancia (una autora de textos populares y una revista de gran circulación) influyeron en la creación del ambiente crítico de la política, la sociedad y las costumbres que caracterizó a los años sesenta. La autora analiza cómo se cuestionaron las formas "tradicionales" de la sexualidad con ideas "modernas" sobre comportamiento sexual y crianza de los hijos legitimadas en tendencias contemporáneas en Europa Occidental y Estados Unidos. Esta legitimación transnacional de los procesos locales refuerza la importancia de los asuntos abordados en este artículo para el tema general del número: la búsqueda de "autoridades externas" para operaciones en el campo cultural se procesó también en el ámbito político, de modo que los cambios en ese plano están siempre presentes en este texto.

Las conexiones, agendas e influencias externas centran también el artículo de Victoria Langland sobre el movimiento estudiantil brasileño de los años sesenta y sus relaciones con algunas corrientes artísticas de la época. Aborda de este modo la creación de una "cultura juvenil" o una "identidad generacional", asuntos centrales de la década en cuestión. A partir de una descripción vívida de la actuación de algunos íconos de la música brasileña y las reacciones de los jóvenes (en su mayoría estudiantes) que asistían a sus espectáculos y escuchaban su música, la autora va desplegando los diferentes planos de relación entre el

movimiento estudiantil y la rebelión juvenil de los años sesenta. El propósito es definir una generación moldeada al calor del compromiso político y la adopción de pautas culturales innovadoras. Aparecen de este modo los conflictos planteados entre algunos productos culturales juveniles inspirados en corrientes contemporáneas de otras partes del mundo y la agenda fuertemente nacionalista del movimiento estudiantil.

Estos conflictos deben entenderse en el marco de las tensiones entre las autoproclamadas vanguardias políticas y las igualmente orgullosas vanguardias culturales o artísticas. Los encuentros y desencuentros entre los numerosos proyectos de cambio social y político que surgieron en la época y la búsqueda de formas expresivas acordes con ese espíritu de transformación radical cruzaron toda la década y aparecen también en otros artículos. Denise Milstein se acerca a esta cuestión al señalar acuerdos y desacuerdos entre artistas embarcados en experimentos estéticos y los que asumieron un expreso compromiso político. Aldo Marchesi y Christian Gunderman la abordan explícitamente al analizar la búsqueda de lenguajes literarios y visuales que al mismo tiempo innovaran en sus formas expresivas y sirvieran de vehículo para las ideas revolucionarias de sus autores. Todos ellos estudian más de un caso nacional, ofreciendo perspectivas comparadas y reflexiones de alcance regional.

Milstein se centra en la producción musical brasileña y uruguaya durante los períodos autoritarios en ambos países. Su texto logra salvar las diferencias de delimitación temporal entre estos casos, mostrando el avance autoritario en la región y el afianzamiento de mecanismos represivos antes de los golpes de Estado de los setenta. Se concentra en las relaciones, siempre complicadas y muchas veces contradictorias, entre expresiones contraculturales y música de protesta en los dos países y enfatiza el papel mediador del mercado en Brasil como importante "escudo" que atenuó la confrontación entre los músicos y la represión del Estado autoritario. El texto de Marchesi se sitúa en el campo de investigación de la historia intelectual para examinar la producción de dos autores paradigmáticos de los años sesenta (A. Gunder Frank y Eduardo Galeano) como expresiones de un momento de reconsideración del "antiimperialismo en América Latina". Esboza a la vez un programa indagatorio más ambicioso para repensar el papel de "los intelectuales" en esa época, observar su influencia académica y ponderar sus repercusiones políticas. Gunderman, por su parte, funda su argumentación en el señalamiento de la producción cinematográfica de los años cincuenta y sesenta como el momento inaugural de una estética propia en el cine latinoamericano. Se detiene luego en el análisis de las formas en que los directores de los "nuevos cines latinoamericanos" (Argentina, Brasil y Cuba) estudiaron e incorporaron los modelos estéticos del neorrealismo italiano y el cine de Eisenstein y encontraron una mirada propia que llevó esos modelos a

sus límites y originó un "tercer cine" de fuerte contenido político.

De acuerdo a los ejemplos manejados por estos tres autores, los artistas e intelectuales latinoamericanos asumieron los desafíos de una época marcada por la explosión de proyectos de transformación social. Pero sus respuestas fueron muy diferentes. Aunque sólo unos pocos parecen haber triunfado totalmente en la tarea de armonizar la experimentación estética con el compromiso político, muchos son todavía muestras perdurables del ambicioso esfuerzo, ya sea por sus aciertos estéticos (Tropicalismo, Nuevo Cine Latinoamericano) o por su continuada popularidad (Galeano). Al analizar la capacidad de estos diferentes productos culturales para expresar los conflictos sociales y políticos del momento, Gunderman y Marchesi aportan miradas contrapuestas: donde el primero elogia la habilidad del Nuevo Cine Latinoamericano para denunciar la injusticia y la pobreza, el segundo señala todas las simplificaciones implícitas en las narrativas de la explotación del continente, especialmente las distorsiones de una recuperación interesada del pasado.

Con este señalamiento, Marchesi toca otro asunto central en las relaciones entre política y cultura en los años sesenta: el poder legitimador de las narrativas históricas y su capacidad para dar coherencia discursiva a diferentes proyectos políticos, un aspecto bastante explorado por la historia política latinoamericana pero no por ello menos importante. También el texto de Michael Goebel rescata la profunda repercusión que estas narrativas tuvieron en la creación de una "nueva izquierda" alejada del sólido doctrinarismo de los partidos socialistas y comunistas fundados a principios del siglo en América Latina. El autor documenta ideas bastante difundidas, pero no siempre fundadas en el análisis empírico, sobre la convergencia entre marxismo y nacionalismo en Argentina en los años cincuenta, sesenta y principios de los setenta, además de definir a la "nueva izquierda" argentina a través de su a menudo contradictoria relación con otras tendencias de pensamiento, incluyendo algunas de corte netamente conservador.

En resumen, este conjunto de artículos muestra diferentes aspectos de las relaciones entre cultura y política en los años sesenta en diferentes países de América Latina, incorporando dimensiones comparativas y analizando el impacto de procesos inter y transnacionales en la definición de un campo de estudio.

NOTAS

1. Claudia Gilman, *Entre la pluma y el fusil: Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2003), 33 (ver también 35-56).
2. Ver Raymond Williams, *Keywords: A Vocabulary of Culture and Society, Revised*

- Edition* (Nueva York: Oxford University Press, 1985), 90-1.
3. Pierre Bourdieu, "Algunas propiedades de los campos", en P. Bourdieu, *@@Campo de poder, campo intelectual: Itinerario de un concepto* (Buenos Aires: Quadrata, 2003), 120.